

Concurso Anual Literario UCSF 2023 – Categoría A (Estudiantes)

Primer Premio: “Teresa” de María Laura Olivera

Teresa

-¡Teresa! ¡¿Para cuándo!? ¡Todos los días lo mismo con la asquerosa comida, tanto tiempo para hacer estas porquerías que me das!

Ella escucha, paciente. Reclama su presencia el macho, obedece la hembra, como se debe.

-¡Teresa!

La ollita negrucha y grasienta ocupa su lugar en la mesa. Las manos de Teresa se protegen del metal caliente con ese trozo de tela que logró salvar entre las ropas que repartió la parroquia del barrio, para lo que ella guste, si es que algo puede gustar a alguien como Teresa.

El menjunje no estaba tan mal. El tiempo que llevaba elaborando sutiles cambios de sabor, sobre los mismos ingredientes, le había permitido salvarse de unas cuantas golpizas. Su madre nunca pudo darse cuenta, es que era tan bruta esa mujer que repetía sin dudar los mismos pasos cada día y toleraba el mismo final, que la llevó bajo tierra. Ella era más sabia, no repetía.

Algunas veces, desafiando los miedos, hurgaba en los bolsillos de ese hombre en busca de algo que le permitiera hacer magia. Entonces, si encontraba algo, Teresa no dudaba en ir hasta el almacén. Abría la cortina y asomaba a ese mundo de aromas múltiples, de tesoros inalcanzables para alguien como ella. Observaba en silencio de hambre y anhelo.

Don Hernán, el almacenero, no era del tipo atractivo, se mire por donde se mire. Petizo, redondo, sus músculos parecían exceder la capacidad de contención de la piel brillante y húmeda. Pero olía a alimentos frescos, a condimentos sabrosos, a comida recién elaborada. Aspirar ese olor intenso era suficiente para Teresa. Quedaba indefensa.

El hombre la atendía con la deferencia del que se sabe obligado a ser amable ante cualquier persona como aquella. “Bella por donde se la mire”, pensó Don Hernán al verla abrir la cortina del almacén esa primavera. El cabello ensortijado a fuerza de tierra y revoltijo, la mirada profunda del que sufre sin saberlo, sus labios. ¡Qué generosos esos labios cerrados por el mutismo de la más pura ignorancia! Era notoria la mugre en las uñas, enquistada. Mugre de trabajo y juego, de escasez y abundancia, de indecencia y pureza, todas entremezcladas.

-Algo para la comida, para no hacerla igual mañana- dijo Teresa, mostrando esas pocas y malolientes monedas, para ella mágicas por donde se las viera.

Don Hernán se sintió confundido. “Esas monedas sucias no alcanzaban para nada que de alimento se precie, ya la habían mandado a pasar vergüenza a esta criatura ignorante, qué desgracia”, se dijo.

Teresa se acercó tímidamente a unas hierbas amontonadas en una caja. El aroma había guiado sus pasos.

-¿Eso puede ser?

-Por supuesto-dijo el hombre. Ya no era necesario el mal momento y la culpa de mandarla a casa con nada. Para esto, sí, le alcanzaba. Unas pocas hierbas de aderezo, para él, no eran más que migajas.

Se acercó con la intención de prepararlas y en un torpe movimiento terminaron desparramadas a los pies de Teresa. Se dispuso a levantarlas.

Hubiera querido Dios que esto no pasara.

El tiempo se detuvo en la proximidad de ese cuerpo. Inhaló profundo, fue irguiéndose lentamente, sosteniendo la cercanía fortuita e inquietante que los unía en ese íntimo momento. Los aromas y Teresa lo embriagaron. Se encontraron las miradas, él no pudo sostenerla. Estaba inquieto, deseoso.

-Tengo muchas más en la casa. Si querés pasar a verlas, te regalo algunas.

Ella, siempre en silencio, dejó que la guiaran. Necesidad, hambre, silencio, ignorancia.

La casa era pequeña, una única habitación donde convivían la mesa, la cocina, la cama. El hombre del almacén revolvió entre cajas y frascos, con la ansiedad contenida, hasta dar con lo que buscaba. Fue hacia Teresa, entregó lo prometido, acercó sus manos al rostro puro, ingenuo, dibujó una caricia cómplice, incitante y le dijo:

-Cuando quieras, tengo más, Teresa.

Como una melodía atravesó el espacio su nombre pronunciado suavemente, por primera vez lo escuchó saboreando cada letra, con una cadencia inusitada, tan distinta a ese clamor con el que día tras día de su vida se lo enunciaran.

Quiso más, de su nombre hecho música, de las ofrendas que sofocaban gritos y golpes a fuerza de barriga de macho llena, aliviando la condena de vivir con aquel hombre falto de conciencia, que se hacía llamar padre. Ser vivo de sexo masculino que ha tenido descendencia directa, no más que esto.

El hombre del almacén quiso más. Ella dejó que la guiara. Necesidad, hambre, silencio, ignorancia. Las caricias se fueron extendiendo, recorrieron el rostro, cuello, hombros, los senos pequeños, el vientre, penetraron en ese espacio sagrado de placer sensual, tan personal, único, inquietante, desconocido.

Pasó la primavera.

Fue a comienzos del verano que conocí a Teresa. En el dispensario del barrio. La trajo un hombre en brazos, porque sus piernas no podían sostenerla. La dejó en la camilla, él se sentó, me miró, en un silencio tenso, hecho de ausencia.

Comencé mi tarea. Registré en la ficha las huellas de golpes, la fiebre intensa, deshidratación, y a medida que indagaba la lista se hizo extensa. Le pregunté su nombre y en un susurro escuché:

- Teresa.

-¿Cuántos años tenés, Teresa?

-Doce, los cumplí en primavera.

Entonces supe que mi tarea sería intensa. Necesidad, hambre, silencio, ignorancia y tantas otras huellas de violencia.

Desde hoy te acompaño Teresa en ese camino arduo de encender la luz donde reinaron las tinieblas. Quiero que sepas que no será nada fácil, pero qué puedo yo decirte de ponerle esfuerzo a las contingencias. Yo que estuve protegida, saciada, escuchada, enseñada. Quiero ser tu acompañante, tú serás mi maestra. En el camino que vayamos compartiendo te ofrezco escucharte. Saber lo que quieras contarme acerca de quién eres, cuáles son tus deseos, si es que alguna vez algún alguien te permitió que los tuvieras. Para que en un resquicio de tu historia podamos hacer música tu nombre, sin abuso y sin violencia. Que al pronunciarlo puedas hacerte dueña de tu historia y seguir construyéndola con aromas nuevos, con caricias tiernas.

¿Sabés que tu nombre significa verano? Un poco de historia griega, para que sepas que hoy, aquí, conmigo, podemos dejar que llegue el verano, porque ya pasó la primavera.